La Realidad de los Muertos

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Realidad de los Muertos (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Hay arenas, hay estrellas, todo lo que el hombre encuentra digno en el desierto donde lo rudimentario es distintivo; sus rincones no se encierran en meros límites espaciales, aunque pesadas concatenaciones de palabras dedujeran lo contrario; en las dunas no reina la indecisión que impera en las poco fluidas transposiciones que le efectúan. El desierto es el celo por unir la posibilidad dentro de la suma de imposibilidades, si es que se tiene la sapiencia de separarse de lo que es objetivo y se anda sobre su aridez luminosa.

El sol en el crepúsculo es como un pedazo de oro, las sombras se estancan, el hombre no ejerce dominio sobre lo complejo y se deja acarrear por la sed. Ahora, me detengo antes de llegar a un barranco con la voluntad de salir de mi ensimismamiento, y permitirme después de dar cientos de trancos, reponerme y calcular mi desempeño durante las siguientes etapas. Me he levantado del suelo, temblando a causa de la erizada potencia de los hechos, y despotrique debido a desinteligencias o intolerancias de los genios que siguieron mis pasos con burlas. Estos expresaron aprehensión por mi dedicación moral, mis indagaciones que rozan a lo absoluto, y la inevitable prédica que hago de sus disoluciones.

Todo es duro en esta provincia que no tiene plagas ni vegetaciones, y a cuyos rumbos los marca la equidad que surge en el que se despereza. Aquí establezco normas, expediciones, diplomacias, aunque en apariencia nadie me hace caso (sólo los genios encuentran gratificación en intercalar mis hazañas en sus relatos). Pero mi noble papel se circunscribe en guardar en la memoria a sucesos que de tan ordinarios pasaron a ser fuera de lo común, a sabiendas que cuando supera estas contingencias obtendré al máximo puesto jerárquico.

Me he enfrentado a lo que nunca tuvo un determinado semblante, cuando el globo dorado que inunda al mundo con colores estáticos, tomó a los asuntos de la humanidad en sus manos con la propensión a que nada quedase al mando del azar.

Si bien mi imagen es incierta, me ubico en las inmediaciones del desierto hasta que sus enormes extensiones se oscurezcan, y me reintroduzca subrepticiamente en mi hogar, al que llegó sin sortear ciénagas, y en el que no hay callejones sin salida; si bien avanzo impávido, primero hago

dilatorias investigaciones frente a los genios que aúllan con los poderosos vientos. Normalmente nadie me ve, y si alguien lo hace, cuando intenta describirme, arrastra con su voz a tartamudeos y fabrica irreales coyunturas. Mi reino se yergue tras larguísimas introducciones de arenas, cuyos montículos se ciñen a las intensas desidias del desierto que ha construido ciudades místicas que en algunos casos han sido aterradoras.

En esta soledad, los genios activan sus creativos esquemas aprovechando que no hay yuxtaposiciones de gentes ni proliferan entorpecedores edificios. Aquí el único orden es el invocado por el sol de acuerdo a sus circulares ánimos; lo restante es someterse a las consecuencias que se tañen cuando no existen historias de los otros.

Me propongo ser crucial y narrar lo que pasó, pero no como si estuviera navegando dentro de un sueño, sino imaginando que se lo cuento a una específica persona. Sé que mi nombre está creciendo en forma espectacular, aunque nadie ha conseguido pincelar mi aspecto. Difundiré lo que me ocurrió con exactitud, porque cuento con un crédito de sensatez que me liberará de hacer exageraciones. Revelaré lo que hay en estos páramos, en donde algunas fibrosas plantas encuentran en sus agonías a la plenitud.

Afirmo que el mundo no está dividido en dos partes, porque la mitad en la que sobrevivimos es la misma de la que se le asigna rótulos sobrenaturales. Pronto caerá la noche que a todo manchará con su oscuridad, pero mis palabras quebrarán sus infinitas sombras o les darán formas diferentes. Y digo, que aquí no hay grandes almacenes, y los que quieran acompañarme tendrán que adelantarse por una continuación de zonas prohibidas. Al que reuniera la osadía de visitarlas le causará una impresión muy profunda por su antigüedad, o porque desde su plataforma se obtiene una visión eterna del universo.

Y fue el miserable rey Rashidi quién al trazar líneas imaginarias en el cielo conformó las constelaciones de estrellas, y quien intentó corregir a la longitud de estas salvajes inmediaciones al inventar los caminos; su ampulosa idea fue otorgar al desierto un ordenamiento similar al que tiene una ciudad, en donde coexisten las preocupaciones de los príncipes con los yerros de los criminales, cuando ambos caminan libres y hacen lo que quieren.

Para centralizar con eficacia su poder, Rashidi quiso erradicar lo que le disgustaba, y modificar, desviar, o llanamente eliminar, a los actos de aquel que se relacionaba con los que no eran vistos, pero a veces aparecían en sueños, o transmitían mensajes en el prudente interior de la naturaleza, al procurar (inútilmente) que las mermas por el paso del tiempo no se amplíen.

Estos se acumulan tanto en los horizontes diáfanos como en las invenciones de los dementes; por cierto, que, para existir, los muertos y los genios necesitan tomar prestados los símbolos de los vivos, aunque estos los preservaran con saña (ellos se atrevían a adueñarse gratuitamente de sus doctrinas sin hacerles una poca genuina verificación).

Se me ocurre que, entre Rashidi y algunos díscolos genios, s estableció una infructuosa alianza; una vertiente de lo incivilizado que se apoyó en la aprobación de los réprobos y fue honrada sin morosidad. Rashidi se desenvolvió con furia y aunó a más de una docena de genios en sus empeños conspirativos.

Debo aseverar que los príncipes que rodean a Rashidi tienen el carácter ruin y fragmentado de los criminales, aunque les horrorice la idea. Ellos proclaman sus eminencias durante las comunicaciones que ensayan con los genios. Entonces hablan con gloria de sus propias muertes, y utilizan a la fastuosidad de sus ropajes como una solemne representación de un superior estilo de vida. Y recién al final hacen el tardío reconocimiento de que no eran tan diferentes de los criminales (ambas categorías de personas prenden leños con fuego con la idea de espantar a los picaros genios que recorren por detrás a los caminos). Ellos agudizan sus oídos para no hallar la sorpresa de que un genio le esté pasando la lengua a las rodillas de sus mujeres. A estos, a quienes describen desprolijamente en sus crónicas, los expulsan con furia cuando los aromas en los aires granulan sospechas.

Al final gimen: - "¡Nunca habrá paz entre los hombres y los genios, a menos que estos últimos se alejen de la realidad!"

Retomando al punto central, he definido con porfiada claridad a este desierto, que desde siempre mintió sin tener que recurrir al idioma con que las personas se comparan en petulancias Este inunda con sus perimidos detalles a las conciencias, hasta hacer que los ideales yacieran yermos, y no quede otra opción que probarse dentro del mundo de los espíritus. ¡Quien dirige un rumbo por el desierto se despide de las comodidades que tal vez había experimentado con anterioridad!

Permitidme que me presente: soy un joven temeroso de los dioses, que sabe de laberintos (nunca ha sido detenido por estos), y al que sus adversarios le otorgaron el miserable renombre de un mendigo. Mi nombre es Asim y el de mi padre me es desconocido… sólo sé que éste durante una noche retozó en la tienda de mi madre, y después la amenazó con mutilarla, o le hizo una severa admonición con la convicción de que así callaría… de acuerdo a los nimios murmullos que en una tarde oí, y se filtraron en los suelos como el agua o ardieron sobre la

superficie como la sal.

Me fui moldeando en su cuerpo con improvisadas gotas de sangre recorriéndome las venas, un centelleante corazón que producía chasquidos, y la dulce presunción, muy similar a la de las plantas, de tener savia y raíces.

Pasado nueve meses llegué al mundo, pero mi madre me aborreció porque (según me dijo) no la conciliaba con su pasado, lo que me resultaba un poco injusto debido a que yo no tenía nada que ver con aquel violento contratiempo que sufrió. Había pasado a ser la imagen de la traición de su cuerpo, el niño que, aun echándose a correr hacia el futuro, la encadenaba a una defectuosa interpretación que hacía de sí misma.

Y fue en un día como este, en el que ya no pude volver atrás, y destruí la decepción de mi madre: Mi conciencia fue guiada por el genio Solbab que descreía de la organización familiar, y tenía la capacidad de crear rutas que convergían de maneras inéditas. Este no me impuso que reflexione con palabras amargas, ni me amarró a enajenaciones ni a situaciones de peligro. Solbab me conminó a vagar por sitios repletos con monumentales construcciones fúnebres, e instalarme en sus vacantes espacios. Ahí estudiaría a sus lóbregos detalles, y dormiría en las indefinidas noches con la motivación de renacer a las mañanas; con disciplina ampliaría mis conocimientos siguiendo a la meta de que en un futuro retornaría a una ciudad del Mediterráneo. Entonces no habrá tinieblas asidas a los colores de mis finas prendas.

Miren: al final de esta área desértica hay un muro que se fricciona a miles de lápidas; se trata de un cementerio que se asienta en la vista como un fulgor lívido. Sin duda, es una porción del universo que nunca será provisoria. Los muertos conservan sus sabidurías en sombreadas secciones que hasta ahora nadie (exceptuando a mi persona) ha podido discernir. En esta vibrante extensión no existe nada anárquico, sino que se construyó sobre el derecho que los hombres tienen de cesar de ambicionar, y superar las bárbaras pasiones con el fin de sedimentarse en una corta distancia. Aquí no hay deudas, ni nada se pierde ni se restituye, y por suerte, después de los pasos extremos de la luz del mediodía, no se oyen a los venerables campanazos de los templos, o a las percusiones de flautas o címbalos. Sólo se escucha los chisporroteos de algunos pájaros que saltan, con pasitos breves, sobre líneas rectas en los altos de las murallas (cuando cansados, no delimitan un campo de acción sobre los cielos).

El cementerio se mantiene remoto a los lindes de la ciudad merced los afanes de los vivos, quienes no visitan a los muertos a menos que se cumpla un aniversario, o en el horizonte marino se divisen las naves de una potencia guerrera, o la culpa los tironease con sus lazos invisibles a que fueran por un rato hasta estas pérdidas latitudes, y fueran igual de

ingenuos que sus predecesores quienes también se abocaron a esa inagotable consumación de intangibles encuentros, en la que lo único vívido son sus reverencias.

Visitar a los muertos es satisfacer la necesidad de desperdiciarse en el silencio, producir percepciones que nunca tocaron los sentidos, y sentir un proceso de comunión con quienes se les atribuía una existencia residual. Era gestionar una imaginaria hermosura sin distorsionar demasiado a la inteligencia.

En sus "casas" no hay conclusos inventarios de los objetos que los rodeaban, y por esa razón miles de avarientos genios andan por ahí consustanciados en fulminantes rapiñas que obligan a los vivos a hacer pesarosas meditaciones. A sus hurtos los he registrado cronológicamente con la preocupación de que no quedasen dudas acerca de sus fechorías.

Los muertos en apariencia descansan, y no fingen formar ejércitos poderosísimos que, si llegan a ponerlos en pie, serían casi omnipotentes. Lanzan esporádicos gemidos que se recopilan como ruidos que se oyen en el exterior, y se mezclan con los soplidos de los escorpiones o los ronquidos con que claman los estómagos de las criaturas famélicas.

Los muertos parecen hombres vencidos, ya que las tierras en que están instalados son las mínimas que pueden ocupar, y no se gravan con las espesas preferencias que rigen tanto en los príncipes como en los ratones. Lo central de sus excelencias es ignorar lo que sucede fuera de sí mismos.

Sé que la magia no tenía poder sobre ellos, y que si conservaran alguna codicia sería estúpido. Si eran príncipes en donde estaban, ¿por qué redundarían en intereses que los obligarían a hacer asfixiantes búsquedas?

Nunca habían hecho grandes señales o prodigios, sin embargo, de manera imprevista me convencí de sus magnas inmanencias. Fue durante una jornada que no lidió con vaguedades, en la que una enorme mudanza tuvo lugar dentro de su mundo de arraigados aspectos. Aquello que se contradijo con la estabilidad de los muertos, no se trató de una frivolidad, sino de un enseñoramiento que quedará expresamente señalado en estos capítulos.

Debemos entender que, si bien los muertos no recorren la tierra, tienen casas, bóvedas que desde sus frontispicios compiten con las arquitecturas más avezadas de la ciudad, y hacen refinadas exaltaciones de sus anteriores jerarquías.

¿Acaso salen en caravana con el tosco objetivo de crear remolinos de arena? ¿Se concentran eufóricos en algún punto, como las aves

qué cuándo encuentran alimento revoloteaban en alegres círculos? ¿Deambulan en las noches por las colinas amarillas como lo hacen los genios? No, jamás se ajustaron a las metas de los hombres ni de los espíritus… al menos nunca vi a alguno hacerlo, y habló con conocimiento de causa porque vivo en sus tumbas.

Alarmado por los rumores que fueron expandidos por el genio Solbab, rompí mis relaciones con el Imperio, y me afinqué en la necrópolis como demostración que mi rebeldía había llegado a extremos increíbles. Hui hasta ahí porque contraje una deuda, o fui etiquetado como un indigente extraviado, o simplemente sembré un número de disensiones entre los mercaderes que establecían excesivas tarifas y sobreprecios, a la población.

A causa de mi insumisión a las normativas y mis ánimos guerreros, el mismísimo Rashidi temió que llamara a los muertos a que se liberen de la opresión de la tierra, salieran de sus tumbas sin titubeos, y se dirigieran a Alejandría con la conjunta estrategia de destronarlo. Esto, debido a que, al haberme quedado inmóvil en la ciudadela, y al no cometer desmanes ni tropelías, esos habitantes ocultos me veían como un usual compañero: un cadáver blando al que los gusanos todavía no se habían envalentonado en horadar sus tripas, un muchacho humilde que procuraba la reconciliación entre los vivos, los muertos, y los genios… porque mi comisión y presupuesto e siempre fue que debíamos convivir, y cada uno enseñar al otro lo que no sabía.

Para los que se alojaban en las regias tumbas, Asim fue un muerto más, con la diferencia de que era inquieto, casi nervioso, y su pecho era atravesado por angustiosos espasmos cuando asumía la urgencia de respirar. Asim, que según la analogía que una vez le prestó un espejo cuyo sostén estaba hecho con diamantes engarzados en oro, tenía una sonrisa perfecta, movedizos ojos que demandaban sumar conocimientos, y pequeñas orejas que sobresalían de sus costados como presionados bulbos de flores que estaba a punto de estallar.

Con los muertos se empinaba en una compenetración que iba más allá de los chimentos prevalecientes en otros círculos sociales. Se aceptaban (aunque a veces simplemente no se oponían), y para los ricos de Alejandría eso fue algo intolerable, una horrible perturbación sobre el orden inmemorial que orquestaba un sacrílego solitario.

Asim no sólo incumplía los patrones del mundo, sino que además los estaba falsificando… y eso les originaba una repelente irritación cuando se levantaban de las camas, y se condicionaban a salir a los campos con el plan de ordenar a sus siervos que realicen los pesados trabajos que les permitían dormir tranquilos.

Mi posición hegemónica en el cementerio les figuraba un desafío gigantesco, y en los muros del sector septentrional de la ciudad pintaron señales sangrientas acerca de mis aptitudes, y hasta en las alejadas locaciones del este aseveraban que yo armaba a los muertos en impenetrables facciones que no se amedrentaban ante nada.

"¡Este misterio no quedaría irresuelto, alguien que se tumba a las noches en el cementerio tiene que ser despreciado, y no hay palabra dentro de los menesterosos vocabularios del mundo que fuera capaz de definir a su soez audacia!", dijo uno que desde bien temprano del alba estudiaba a las ciencias sacerdotales.

No sintieron compasión hacia el niñito inocente que hacía de cuenta que los muertos eran vecinos con quienes mantenía un trato distante y cordial, y quien no tenía una pizca de sordidez ya que jamás fue cegado por los arenosos remolinos que largaban los genios sobre los ambiciosos.

En una maliciosa asamblea se instituyó que Asim sufrirá un accidente natural: caerá de un precipicio y chocará con las rocas que estrujarán su cara y le romperán cada uno de sus huesos. Habían juntado un tremendo odio en su contra, porque este barría con sus pisadas a disposiciones inmemoriales. Los ricos de Alejandría tenían la sospecha de que Asim conocía a los muertos con sus incoloros matices, y que ellos le manifestaban una putrefacta afección (susurraban eso con trémulas ironías que conllevaban un importante desprecio).

A sus ojos, Asim se había transformado en un niño- espectro que recorría a las negadas márgenes del mundo, violaba la entereza de lo temporal, y se contraponía con ellos que rara vez salían de los muros de Alejandría.

Profirieron que se ensalzarían con justicieros deseos, y pedirán que se envíen relucientes ejércitos para que nadie obstruyera las apropiadas relaciones que había que sostener con los difuntos.

Por lo que Rashidi decidió mandar quinientos soldados con el objetivo de expulsarme de mi reino. Para esto, advocó estar en posición del gran poder sacerdotal que surgió tras la unificación del Bajo y Alto Egipto. Sin refrenar a sus accesos de flatulencias, hizo cálculos que consideraron una multiplicidad de factores, y preparó esa expedición después de dialogar a solas en las penumbras de un templo, y preguntar por qué crecían sin orden las orgullosas hierbas (para eso buscó un libro que había sido guardado dentro de un cofre aterciopelado). Temió que las perversas profecías diseminadas por una dinastía de antaño, lo apoltronasen en rangos inferiores. Con sus extrañas actividades, Asim generaba un enorme riesgo para su reino, por lo que su aniquilamiento se convirtió en su supremo interés.

Al deducir como una terrorífica verdad que este desafiaba a los dioses, con el apagado fulgor de sus ojos oscuros (que parecían pasas de uva), decidió salir de los aminorados planos de la especulación, y erradicarlo con la exclusiva condición de imponerle antes un feroz castigo.

De acuerdo a su mandato los vivientes tenían prohibido encaminarse por las direcciones que tomaban los muertos.

- "Ese niño se ha hecho la viva imagen del Mal", declaró con mucha tensión en su frente.

Nadie se indignó cuando mandó una guarnición a capturarlo, porque se creyó que con ese acto enfatizaría las relaciones especiales que la gente del Nilo mantenía con los dioses.

Rashidi sostuvo que a Asim lo apartaría tanto de los días con sus hambrunas como de las noches con sus sueños, sin tener que hacer un ponderable esfuerzo. Y no le importó que frente a su Palacio se reunieran diez notables genios que aullaron frenéticos al llegar la oscuridad. Entre los príncipes adujo que Asim perturbaba a los muertos, y que, por su causa, estos ya no circunscribían sus pasivas actividades a la protección del reino, o al menos a alabar al rey de acuerdo a una escala de voces que no se oía, pero que se ensamblaban de continuo. Ese hombre poderoso se rascaba, como lo hace un animal, una parte sensible de su cuerpo, y urdía, derramando espumas por su boca, un odio que a duras penas conseguía encarrilar.

Asim había quebrado las ligazones morales de su Reino, y usaba a las tumbas como retretes, cocinas, o dormitorios, por lo que instruyó a los hombres de nobles abolengos que en los templos declamen rogativas que impidieran que se o insultara a los muertos.

Asimismo, ese rey había escuchado los cuentos de los que refunfuñaban que Asim ponía pajas sobre las tumbas para convertirlas en lechos en donde invitaba a doncellas extranjeras a fornicar (otras de sus falaces versiones indicaron que esas mujeres no eran tales, sino genios de sexo femenino que, difiriendo el hacer cuestionamientos éticos, querrían crear una nueva e hibrida dinastía). *

*[Se creía que ya habían sido decretadas al menos cien reglas para gobernar una comunidad mixta, en la que el joven Asim adquirirá la figura de un primer ministro. Rashidi contemplaba como una falta gravísima la conciliación de los genios con los humanos, o intentar suprimir a la división y al extrañamiento que había entre ambos géneros. Esto a pesar de que los genios nunca admitirían un rey que no fuera uno de los suyos, y sería un milagro que un hombre configurase una sociedad en la que la

gente admitiera cándidamente a un único dogma]

Rashidi deseó que Asim se convirtiera en el legítimo propietario de una pequeña parcela del cementerio.

-"Al pequeño Asim (que ya está crecido), hay que aplastarlo en el averno, el pequeño Asim se enajenó por causa de los genios, el pequeño Asim se toma muchas libertades con los muertos… por lo que hay que encajarlo en una lápida para que esa confraternización se hiciera aún más grande", dijo el rey entre sacudidas de desprecio y desesperación.

"Asim carece de religión, y no aceptaré que levante a los muertos en mi contra", también se le oyó proferir este complejo razonamiento con el que intentó insuflar una posición recta a su desparramado físico.

Rashidi visitó un sacerdote de nombre Shu, en el templo que estaba al lado del corral de aves y un comercio en el que se vendía con animosidad a bagatelas; eso ocurrió durante una templada mañana en la que el rey se arrastró por las estrechas calles de Alejandría.

Ese sacerdote le dijo que a nadie los dioses le habían dado el derecho de vivir indiscretamente en la Ciudad de los Muertos. Y si se aceptase eso, algo fallaría en el universo: las rocas se fundirían, y los ondulantes mares invadirían con violencias a las costas hundiendo a las embarcaciones que esperaban en los muelles. La separación de vivos, muertos, y genios, era el crucial eje que evitaba que se disgregase el mundo, y se abriera una época de erosión en la que, en vez de volar, las aves se arrancarían las carnes con sus filosos picos.

II

Las tropas de Rashidi salieron en la búsqueda de Asim con fanáticas premisas. Después de haber organizado a los vivos, Rashidi haría otro tanto en el mundo de los muertos.

Los soldados partieron con la expectación de que había lazos indestructibles entre el mundo y los dioses. Acabarían con Asim sin misericordia, y luego retornarían a Alejandría satisfechos. Bastaría con atravesar los anchos corredores de arenas, y pillarlo al llegar al cementerio.

Pero cuando el sol se encontraba en una posición central en el cielo, los muertos salieron al encuentro de los soldados mandados por Rashidi. Pero los primeros no se dejaron ver, ni pusieron sus desflecados pies sobre arenosos montículos, y sólo se mantuvieron vigilantes e impertérritos.

¡Los muertos se desenredaron de sus tumbas por amor a Asim, a quién

conocían desde que era pequeño!

No esperaron que brotasen neblinas vespertinas, ni que los venciera la inacción. Tampoco armaron un macizo conglomerado digno de una fuerza militar, aunque dejaron de lado a la usual indiferencia de los muertos, con la idea de hacer algo por el joven al que habían visto como diariamente había ganado fuerzas.

Pronto, los muertos no tuvieron reparos en hacer del cementerio un campo de batalla. Y yo no los pude ver directamente, pero sí en los perplejos rostros de mis enemigos, mientras que los sonidos que salieron de sus gargantas variaron de gritos de guerra a oprimidos lamentos.

Los hombres de Rashidi se habían juntado en los pedregosos pasillos, llamándome a viva voz para que me entregue.

-"Asim, Asim, ven... no te haremos daño", dijeron mientras por lo bajo rogaban a los dioses que los muertos no se atrevieran a reconquistar al mundo.

Querían que yo saliera, que me soltara del interior de las losas benditas, y diera crédito a sus sentidos. Me lanzaron una lluvia de promesas, y me encumbraron como una alborozada criatura que no tenía nada que temer.

¿Acaso homenajeaban sus estupideces al creerme tan ingenuo? Tenían la aturdida convicción que me convertiría en una presa fácil, y volverían de inmediato a Alejandría.

Estaban fatigados, y sudaban a causa del intransigente sol.

- “¿Quién tiene a interés en permanecer mucho tiempo dentro de un cementerio?”, preguntaron con la intención de evitar hacer sondeos inútiles en miles de huecos.

-"Asim, Asim, tú no perteneces a los que están bajo tierra"..., dijeron, atribuyéndome el carácter holgazán de un cortesano.

-"Asim, Asim, te encontraremos una doncella ideal para ti, regresa con los vivos", me hacían más concesiones de las que me hubiera atrevido a pedir, pero no me hallaban; no hacía ruido y el silencio los mortificaba debido a su precisión.

Me encontraba en recamaras subterráneas, seguro en la contigüidad de los muertos, con quienes me notificaba con escrituras que se estacionaban en finos pedruscos.

Sus palabras eran falaces, y querían atraparme porque comercializaba los tesoros que encontraba entrampados en bóvedas opulentas, cuando

concurría a las factorías fenicias de la costa (ahí intercambiaba a esos tiesos productos por ropa y alimento). Los muertos me autorizaban a irrumpir regularmente en sus dominios, me sugerían que tomara lo que había a mano, y me auguraban que tendría una larga vida en la que me convertiría en el fundador de una dinastía óptima.

"Asim, Asim, ¿por qué crees que puedes convivir con los muertos? ¿No ves que ellos viven bajo muros inviolables?", me dijo el general de Rashidi, como si retase a una criatura pusilánime que sin embargo lo enfadaba.

Durante un tiempo no creí que los muertos hicieran encomiendas para los vivos, pero ahora que se refleja en mi rostro una gran felicidad, puedo decir lo contrario. Esos hombres de noble antigüedad me han cuidado cómo lo hace una persona con su pequeño perro.

El ejército de Rashidi se detuvo en un irregular altozano, caminando por arriba e ignominiosamente, de aquellos que nos han precedido. Estos, desde sus tumbas se indignaron y en pocos segundos trazaron a sus signos contundentes. Pero no hubo fuegos, ni enervantes gritos, o desenfundadas espadas prestas a atemorizar. Únicamente dispusieron que aflorara el caos.

Crearon un abrupto terremoto justo en el sitio en donde los soldados se habían apostado. Así introdujeron al reino de la muerte en los vivos que dijeron haber ido hasta ahí con el objeto de resguardarlo.

Corrí desnudo por las catacumbas que tan bien conocía; salte de tumba en tumba con orgullo y seguro de mi camino.

Los hombres de Rashidi cayeron mientras enfocaban sus ojos en la esfera solar.

Habían sido vencidos, y yo me he revolcado en la arena, y con risas he celebrado. Deliberé con cientos de tumbas después de darles un torrente de besos, y si bien no surgieron cuerpos ni manos, sentí que los muertos me acariciaban la cabeza con ternura. Después me puse un manto de seda, y canté despejados himnos hasta que la noche retornó para encauzar en su sobriedad a mi alegría. Me dormí sin dejar de pensar que nada sería imposible.

Fin